

# El corazón imprudente

Carmen Amoraga



CARMEN AMORAGA  
EL CORAZÓN IMPRUDENTE

© Carmen Amoraga, 2023  
en colaboración con Agencia Literaria Antonia Kerrigan  
© Editorial Planeta, S. A., 2023  
Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.  
Avda. Diagonal, 662-664  
08034 Barcelona

Primera edición: septiembre de 2023

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 13.499-2023  
ISBN: 978-84-670-7001-9

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: [sugerencias@espasa.es](mailto:sugerencias@espasa.es).

[www.espasa.com](http://www.espasa.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Impreso en España/*Printed in Spain*  
Impresión: Unigraf, S. L.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

## EL AMOR ES UN ASTEROIDE

El amor es un asteroide. Lo descubrió el 12 de marzo de 1932 el astrónomo belga Eugène Joseph Delporte. El asteroide Amor es pequeño. Tiene sólo un kilómetro de diámetro y forma parte de un grupo de cuatro asteroides que se acerca a la órbita de la Tierra sin llegar a atravesarla.

Para encontrarlo, sólo es necesario querer buscarlo y tener un telescopio.

El café se ha quedado frío. Ni lo ha probado. Piensa que debería pedirse otro, otra cosa para hacer tiempo, pero no sabe bien qué y prefiere esperar a que ella llegue para tomárselo juntos. Además, no le apetece nada. Tiene el estómago cerrado, la boca seca, ganas de mear. Sólo son los nervios. No hace falta ser médico para saberlo. Se ríe. Se le borra la sonrisa. Le angustia que no aparezca.

No es la primera vez que han intentado verse y siempre ha surgido algo a última hora. Una factura urgente que hay que tramitar, la madre que se ha puesto enferma, el marido que le ha pedido que haga unos recados, la hija que le ha llevado a los nietos. Ella siempre tiene un pretexto para no acudir y los comprende, todos. Él también ha fallado y, por suerte, Tina nunca le ha preguntado el motivo porque cuando ha dado marcha atrás ha sido por miedo, y se ha hecho el firme propósito de no mentirle nunca. ¿Cómo va a decirle que es un cobarde, que es tan cobarde que en su cerebro no hay más que preguntas sin respuesta que le hacen cambiar los planes?

¿Y si alguien los ve y empieza a lanzar rumores? ¿Y si se da cuenta de que todo estaba en su imaginación y la realidad no sirve? Y el miedo más grande de todos. ¿Y si todo fluye, y si la química actúa y no les queda más

remedio que acercarse y acercarse como se acercan los polos opuestos de los imanes hasta que ya no se pueden separar? Ese temor es el que, cada vez que han intentado quedar desde hace semanas, le ha causado una parálisis de tal calibre que sólo ha sido capaz de recuperarse para marcar su teléfono a la hora en la que sabe que está en la piscina y decirle a su contestador:

—Hola, Tina, ¿cómo estás? Soy José Manuel. Vamos a tener que dejarlo, es imposible que quedemos. Hablamos mañana.

Y cuando cada día ha llegado la mañana, ha regresado la llamada y han vuelto a hablar de todo y de nada con el pretexto del control de glucosa de la madre de Tina, que es la señora con el azúcar más monitorizada de todo el pueblo, y Tina actúa como si el nuevo día no les hubiera arrebatado la oportunidad de conocerse, o peor aún, como si verse o no verse no tuviera la menor importancia. Esa idea le martiriza, aunque la culpa de que no hayan quedado sea suya y no de ella, esa vez y todas las veces anteriores. La nota contenta y le da rabia porque él ha pasado la noche sin dormir castigándose por su cobardía dando vueltas en la cama, con cuidado, para no despertar a Victoria, porque si Victoria se despierta en una de esas noches y le pregunta qué le pasa, es más que probable que le diga la verdad: que es un estúpido, un inmaduro, un tarado que al borde de la jubilación se ha enamorado como un crío nada más que de una voz, del efecto que esa voz tiene sobre él, de lo que él es gracias a esa voz. Alguien importante, imprescindible, cuyo criterio sirve lo mismo para mejorar un estado físico que un decaimiento del ánimo o para decidirse por qué ordenador comprar; alguien en quien apoyarse

porque es alguien que no juzga y que comprende y que sostiene; alguien con quien compartir la preocupación por la madre y el hastío por el trabajo, que si no fuera porque los lunes puede pasear a solas por las salas vacías del Museo de Bellas Artes, habría perdido el sentido. Con ella al otro lado del teléfono, José Manuel siente que sus palabras son un bálsamo y no algo que no se aprecia.

Las primeras conversaciones no hicieron suponer lo que vendría después. Fueron rápidas, asépticas, frías. Soy su nuevo médico, tómeme el azúcar a su madre tres veces al día, anótela y dígamela en una semana, pero Tina tenía la voz dulce, risueña, amable, y él fue poco a poco alargando la llamada sin apenas darse cuenta hasta que un día, sin saber por qué, sólo porque le apetecía saberlo, le preguntó:

—¿Y usted cómo está, Tina?

Como respuesta, ella empezó a sollozar. A él le pasó lo que solía pasarle, que no supo qué decir, pero pensó que tenía que llenar el silencio, hablar, hacer que se sintiera mejor. Recurrió a banalidades, a lugares comunes. Todo pasará, llore y desahóguese, nada es tan grave como nos parece, cosas por el estilo que ella creyó y agradeció cuando se calmó y dejó de llorar.

—Gracias —le dijo—. Hacía tiempo que no lloraba y más tiempo aún que nadie me consolaba.

Eso fue lo que pasó. Que él la consoló. Que ella se dejó consolar. Porque Victoria le ignora. Victoria no le ama y no es de ahora, ni tampoco desde que ocurrió el accidente, es de antes. Es más, puede que por eso pasara todo lo que pasó, porque no le quería. Porque podía haber ocurrido lo mismo, pero sintiendo algo por su marido.

Eso le pasaba a él, que no había dejado de quererla. Tal vez entonces hubiera sido como dejó escrito Delibes, que las cosas podrían haber sucedido de cualquier otra manera. Y, sin embargo, sucedieron así. Por ella. Por ella que piensa que es un asesino, aunque no lo diga, aunque sólo lo piense. Por esa falta de amor, porque cuando no duerme le da por pensar que realmente nunca le ha querido. Por esa intransigencia: ni hablar de animales, no me gusta el aire del mar, no quiero tener hijos, ahora sí quiero, y él, por no discutir, no ha paseado perros, ha pasado más de la mitad de su vida en el séptimo piso del diez de Blasco Ibáñez, frente al jardín de Viveros, y se hizo a la idea de no ser padre o de serlo si ella quería.

La casa está muy bien, es espaciosa y con vistas magníficas, y los perros son una obligación y los niños, un quebradero de cabeza, y han viajado por el mundo ligeros de equipaje, esa es la verdad, pero ahora piensa que no era esa la vida que hubiera querido vivir, y Victoria es la única responsable. De todo.

Cuando la noche se hace realmente larga, antes de que suene el despertador, acaba desmintiéndose un poco. Tal vez fue él quien no la quiso tanto, quien no la quiso bien. De haberla querido, piensa, se habría esforzado más. Se hubiera esforzado, sin más, en comprenderla. No se habría conformado con aceptarla, ella es *así*, como si ser *así* fuera algo irremediable contra lo que no se pudiera hacer nada. De haberla querido, se dice, hubiera sabido antes lo que sabe ahora, y la habría desnudado, despacio, hasta liberarla de su armadura. Del peto, de las hombreras, del yelmo, hasta que a Victoria no le hubiera quedado más remedio que confiar, que dejarse querer, que acabar queriendo. En esas madruga-

das sabe que, de los dos, fue él quien más falló, quien más faltó a la verdad. Él decía amarla. No era cierto.

En cambio, no puede decir que Victoria le engañase porque siempre le insistió en que lo suyo no era amor, que si estaban juntos era porque era mejor ser dos que sólo uno para enfrentar al mundo. Victoria no es más que una víctima. Se corrige: otra víctima, quizá de él, como lo fue Roberto, también víctima suya, muerto de su mano. Le viene Roberto a la cabeza y trata de sacárselo. Si llega a ese punto, se asusta. Teme que esté volviendo esa oscuridad, esa negrura, a su mente. Entonces se esfuerza en regresar a Tina para anclarse a la cordura, aunque sepa que lo que le pasa no pasa en cabeza cabal. Él, que ha estado dos años sin poder trabajar, atontado por la medicación, yendo a terapia para salvar su salud mental, sopesando la idea de seguir vivo o renunciar, sabe que es ahora cuando está loco, pero sabe también que es ahora cuando está a salvo gracias a una bendita locura.

Pensar en su mujer mientras espera a la que se ha convertido en el amor de su vida en apenas unas semanas le parece una traición innecesaria para algo que está por nacer, así que hace un esfuerzo por sacar a Victoria de su mente y vuelve a Tina, a su voz. Al efecto de él en ella. Si dice que todo está bien, Tina confía. Como mucho le pregunta con timidez:

—¿De verdad todo irá bien?

Él le dice que sí. Que sí a la salud de la madre. Que sí a la melancolía de ella. Que sí al problema con María José, la de contabilidad. Que sí al desencuentro con el gerente. Que sí a todo lo referente a sus hijos. Que sí a que Javier dará la campanada con las pajaritas y podrá

dejar el bar y vivir de sus diseños. Que sí a que el trabajo de Carlos es necesario, que rescatar a los muertos de las fosas es una cuestión de dignidad moral. Que sí a que Laura dejará de ser tan superficial y empatizará con el resto de seres humanos. Que sí a que el tema de próstata de Ángel no tiene por qué terminar en un cáncer. Tina insiste con esa preocupación y a él le da por el culo que repita siempre lo del marido, que si tiene diarrea, que si tiene calambres, que si está más cansado de lo normal, y por no decirle que le da lo mismo lo que le pase a ese hombre cuya vida en realidad le estorba, le dice algo que escuchó decir a un compañero, que cuando suenan los cascos pueden ser cebras pero que lo más normal es que sean caballos. Ella le cree y él consigue no ser un monstruo. Con eso le basta.

Hoy ha llegado más lejos que nunca, aunque ha estado a punto de marcharse cuando se ha dado cuenta de que las ganas de orinar no eran por los nervios, sino porque realmente tenía ganas de orinar y al salir del baño ha visto a un hombre mayor y malhumorado, mirándole desde el espejo. Adónde vas, le ha preguntado, adónde crees que vas, con esas ojeras, con esas canas y esas entradas en la frente. Qué crees que va a pasar, a tu edad, si para ella no vas a significar nada y si significas algo, no merecerá la pena porque tú no sabes amar, y aunque supieras, le ha dicho, el amor no es para viejos, y menos para viejos como tú, cobardes, asustados, incapaces de plantarle cara a la vida. Ha salido del lavabo para no verse, aunque la voz ha seguido dándole la lata en su cabeza y ha pedido la cuenta, decidido a irse rápidamente, escapar de ahí, enmendar el error antes de cometerlo, pero el camarero tal vez no le ha oído o tal vez

le ha ignorado, y las ganas de irse se le han ido pasando conforme transcurrían los minutos, y ahí sigue, sentado en la mesa frente a un café frío.

Ahí sigue, esperándola, porque ayer no hubo excusas en las palabras de Tina ni debilidad en las suyas, y ese a ver si nos ponemos cara que se repite desde hace meses parece que se va a hacer, por fin, realidad. Lo del Moma lo propuso él porque está cerca del ambulatorio. Quedar en otro sitio hubiera sido extraño, como si tuvieran algo que ocultar, como si se escondieran de alguien. Pensó en el Vivir Sin Dormir, por las copas, o en La Más Bonita, por las tartas, pero la playa un día cualquiera por la mañana le parecía un lugar propio de dos amantes y ellos no lo eran, aún. Por el centro hubiera estado bien, pero era fácil que les viese alguien del pueblo y volviese con el chisme del médico nuevo y la hija de la paciente, y no se le quitó la idea por más que se dijera que Tina vivía en los adosados y que no volvía nada más que para dormir y no la conocía nadie. Estaba también la cafetería del museo, un miércoles que él va de tardes, con el pretexto de que ella le acompañase a ver una exposición o para que le explicara uno de esos cuadros de Fillol que tanto le gustan, y de paso podría llevarle unas recetas para su madre e ir andando desde su casa. Pero era raro. Se imagina a sus compañeras de administración, extrañadas, haciendo comentarios del tipo: «Desde luego, sí que funciona bien la sanidad en este país», o «¿Recetas en papel? Pero si ahora te atienden por teléfono y las recetas van *online*».

Así era, ahora casi todo era por el *email* y por el teléfono. Por eso se habían conocido. Por eso tenían que ponerse cara, porque no se habían visto aún. Porque entre

llamada y llamada, entre correo y correo, habían tejido una relación que iba más allá de la salud de Consuelo Abril, pero que al mismo tiempo no iba a ningún sitio porque él no sabía si lo que le pasaba le pasaba sólo a él o era cosa de los dos. Siempre era quien daba el primer paso, ella nunca tomaba la iniciativa, eso era cierto, pero también era cierto que podía haberlo cortado fingiendo que no podía atender el móvil, o siendo esquiva en sus emails, o cuando él le dijo directamente:

—¿Te molesta que te llame?

Y ella respondió:

—No, por favor, pero qué dices. Te estoy muy agradecida por todo lo que haces por mi madre.

Y él dijo:

—No hago más que mi trabajo, faltaría más. —Pero enseguida insistió—: Lo que pasa es que siempre que te llamo nos liamos, y acabamos hablando más de media hora. Para mí es un placer, y no pierdo tiempo porque aprovecho la pausa del café, pero no sé si a ti te retraso en el trabajo, o te incomoda hablar conmigo de otros temas que no sean estrictamente médicos...

Ella se rio al otro lado. La imaginó acariciándose el mentón, o retirándose un mechón de pelo, mientras le decía:

—Yo también aprovecho la hora del almuerzo. De hecho, desde que hablamos todos los días he adelgazado tres kilos. No sólo cuidas de mi madre, sino que me has puesto a dieta.

Se rieron los dos.

—¿No te molesta, entonces?

—No sólo no me molesta, José Manuel, sino que me gusta hablar contigo. Me gusta mucho.

Eso dijo. Me gusta mucho hablar contigo. Lo mismo que le pasaba a él. Que esa conversación se había convertido en el eje de su vida, el motor que le ayudaba a sobrellevar el exceso de pacientes, las quejas, el miedo a hacerse mayor, el desamor, la soledad. Su vida no tenía sentido y verse con los ojos de Tina se lo daba. A ella le gustaba hablar con él, le gustaba oírle, le esperaba, le acogía. Quizá no fuera un ser humano tan horrible, tan despreciable, si a ella le gustaba mucho hablar con él. Estar con ella, hablar con ella, era estar frente a una mirada que le devolvía la mejor versión de sí mismo y por eso tenían que verse, y por eso temía que se vieran.

Así que la cafetería del Bellas Artes era una mala opción, los locales de la playa, una alternativa pésima y el centro, una idea peregrina. El bar de al lado del trabajo, un sábado en una mañana de guardia, en cambio, era el lugar perfecto para la cita perfecta. Ni siquiera era una cita. Una coincidencia, un encuentro fortuito, un «Hombre, Tina, por fin te veo». Un «Vaya, José Manuel, menuda casualidad».

Él había bajado con la chaqueta encima de la bata blanca, aunque se moría de calor, para que quedara claro que se tomaba un descanso breve. Delante de todos, a la vista de cualquiera que se preguntara qué hacía él fuera de la consulta. El pulso le latía fuerte. Antes de salir de la consulta, había estado tentado de tomarse un diazepam, pero lo descartó. Llevaba meses sin medicarse y no quería volver a depender de la química para estar bien. Respiró hondo, varias veces. Se lavó la cara, se mojó la nuca. No era para tanto, se dijo. No era para tanto. Un café nada más. Sólo saber cómo era alguien que, por no tener, no tenía ni su foto en el perfil del Whats-

App y en lugar de una cara había un cuadro que luego le contaría que era *El amo*, de Antonio Fillol. Sólo saber qué reacción le provocaba su cuerpo, su olor, su risa. Si se parecía a la que era cuando la imaginaba. O no.

Si Tina hubiera sentido curiosidad por él, saciarla le habría resultado sencillo. Bastaba con teclear su nombre en Google y ahí estaban sus redes sociales. En LinkedIn, una foto suya con la bata y el fonendoscopio, delante de una mesa, y una pequeña descripción de su currículum que desde hacía unos meses empezaba y terminaba así: médico de familia en el centro de salud de Miraval. Antes, había ejercido en varios ambulatorios, había sido profesor asociado en la Facultad de Medicina, y de vez en cuando publicaba artículos en revistas de investigación. Incluso había sido coordinador de área. Su carrera no había sido meteórica ni había llegado especialmente lejos, como Victoria, pero estaba satisfecho. Nunca había sido un hombre ambicioso, o sí: ambicionaba no tener problemas, llegar pronto a casa, salir a tomar una copa con algún amigo, ir al cine y al volver, si tenía suerte, hacerle el amor a su mujer.

Le gustaba ser médico. Hacía lo que quería, no perdía el trato con los pacientes, les ayudaba en el presente y le gustaba pensar que también en el futuro, formando a los médicos del mañana. El primer día de clase les recitaba esa frase de José Narosky: «El médico que no entiende de almas no entenderá de cuerpos». La había encontrado por casualidad en internet, la cita, y no había leído nada más de él, pero le gustaba y la usaba cada año como si el autor fuera un premio nobel. No se le pasaba por la cabeza que mencionar esa frase sin saber más del tal Narosky era una prueba de su carácter vani-

doso y superficial. Lo que creía es que esa era la medicina que él practicaba, no la de recetar los medicamentos que recomendaban los visitantes médicos. Le gustaba pensar que entendía de almas. Pero no. No debía saber demasiado. Por eso lo dejó todo cuando lo de Roberto y su vida se paró durante años, aunque esa parte no sale en LinkedIn. Por suerte.

En Facebook hay más fotos, aunque son todas de hace tiempo y en todas sale él solo. Cualquiera diría que está casado, que a Egipto ha ido con su mujer, que subió con ella a lo más alto del Empire State o de la Torre Eiffel o que recorrieron juntos la Gran Muralla china. Pero si Tina ha querido saber algo de su aspecto, ha podido averiguarlo. Alto, fuerte, moreno, exmiope gracias a la cirugía, ojos oscuros, verdes, cejas pobladas, nariz nubia, con alguna marca de varicela en las mejillas ocultas tras la barba canosa, y pelo ondulado, tal vez demasiado largo para su edad. Le cuesta sonreír. A lo mejor le ha llamado la atención. Que en las fotos está serio, pero con ella se ríe a carcajadas. Aunque tal vez no le haya buscado, eso lo sabe también y también lo teme porque quiere interesarle, quiere gustarle, quiere que piense en él todas las noches si no puede dormir, y, si puede, quiere que piense en él antes de quedarse dormida.

Con la pierna derecha cruzada sobre la izquierda, mira a la gente pasar. A la gente no: a las mujeres. Y no a todas, a las que caminan solas nada más. Y a las que no son gordas. No es que no le gusten las gordas. Victoria es alta y está demasiado delgada. Si pudiera, le diría: come más, engorda un poco, pero no se lo dijo cuando su intimidad era otra y ahora que ya no la tienen no le merece la pena iniciar una conversación que terminará

en pelea. Le gustaría que su mujer tuviera más peso y no le importaría que Tina no estuviese flaca, pero es que sabe que Tina no es gorda porque se lo ha dicho. Lo sabe igual que sabe que no vive más vida que la real y por eso sólo puede figurarse si es rubia o morena o alta o baja porque no ha dejado huella en internet. Eso le gusta, aunque, al principio, le fastidió porque le mataba la curiosidad de saber cómo era el exterior de la mujer cuyo interior le había enamorado, y temía que al conocerla la magia se evaporase, pero no había ni rastro de ella en internet, ni en la web del museo, ni en ninguna red social. Así que no sabe de ella más que lo que ella le ha contado. Que tiene tres hijos; que cuida de su madre y le buscó una planta baja en Miraval para que no estuviera sola en Valencia cuando empezó a tener fallos de memoria; que toma escitalopram en dosis bajas desde hace un año, cuando la madre empeoró y fue la gota que colmó su vaso; que su marido tiene problemas de próstata; que no se queja de la vida, pero al mismo tiempo parece que la vida no le basta; que va a diario a nadar a la piscina para que la mente se le quede en blanco mientras su madre hace Aquaoro con otras señoras mayores. Le gusta que ella se desnude, poco a poco, que se muestre como es sin que medien las apariencias, y dejar a la imaginación todo lo demás. O le gustaba.

Ahora quiere más. Por eso escruta a las mujeres que llegan por el callejón, o por delante de la puerta de la biblioteca, y el corazón se le acelera cuando piensa que es ella, hasta que, por fin, una se detiene frente a él y le sonrío.